

Alison en el 7 de Agosto

Rafael Silva Bareño*

*Me llaman calle,
pisando baldosa,
la revoltosa y tan pérdida.
Me llaman calle,
calle de noche,
calle de día.
Me llaman calle,
hoy tan cansada,
hoy tan vacía,
como maquinita por la gran ciudad.*
Manu Chao

Son las 5:47 p.m. y Alison lleva más de dos horas parada justo a la entrada del bar Donde Charly. Como la canción de *Pedro navajas*, “mira pa` un lado, mira pal otro...” a cada tanto entra y sale del negocio. Está inquieta, hasta el momento, el día no ha sido bueno y eso que ahora mismo en la carrera 21, entre las calles 66 y 68, hay mucho movimiento tanto en los andenes como en la calle. A pie o en carro, quienes circulan son hombres. Unos y otros transitan despacio para no perderse el *casting* de travestis y mujeres que, como Alison a esta hora, enseñan sus cuerpos y les ofrecen un rato de placer. Pareciera que en esta zona de comercio sexual del barrio 7 de Agosto hay mucho mirón y poco cliente.

A esta hora, mientras la inmensa mayoría de gentes retornan del trabajo, los bares y tiendas de la carrera 21 reciben un buen número de caballeros que no tiene entre sus

* Cocuy, Boyacá, 1974. Licenciado en Ciencias Sociales, especialista en Comunicación-Educación, profesional misional de la Secretaría de Integración Social. rafiska@yahoo.com

¿Cómo era posible que Alison, esa mujer de 31 años que dos meses atrás había conocido en la oficina del bienestar social estuviera de nuevo tocando fondo?

planes de hoy llegar temprano a la casa. Los potenciales clientes prefieren entrar allí y hacer una “parada técnica”, una especie de prelude amoroso, un calentamiento sexual acompañado de un coctel de ritmos y letras celestinas: vallenato romántico, ranchera para el despecho y reggaeton para la arrechera.

Samsara, “el club del placer”; La tienda de Guillo, La tienda de la 67 y el bar Donde Charly, no son propiamente el tipo de bar que uno escogería para invitarle una cerveza a la novia; todo lo contrario; son su antípoda: huelen a orines, eucalipto y tabaco, las mesas y sillas que hace años fueron el orgullo del dueño de una panadería ahora están caprichosamente desordenadas, la *rockola* escupe estridentes tonadas que hacen de la conversación un asunto engorroso y la decoración es un *collage* de afiches con mujeres semidesnudas que promocionan cervezas y

cuadros paisajísticos que tras la mugre enseñan cabañas idílicas con lagos limpios llenos de patos. Sin embargo, los presentes: clientes, administrador y meseras no reparan en estas nimiedades estéticas; por el contrario, en La tienda de Wilson el ambiente está prendido. Una morocha vestida con un ajustado *short* se abre pista contoneando el trasero cada vez que suena el pegajoso reggaeton y sus movimientos que en otra raza serían exagerados capturan la atención de los presentes.

En este bar, justo al frente donde está parada Alison, se bebe, se canta, se baila y se ultiman los detalles monetarios para consumir en la pieza del fondo el romance clandestino y fugaz entre una mesera cuarentona y su poco apuesto pero bien entonado galán.

Una suerte que le es esquiva a la menuda Alison. Se me viene a la memoria aquella vez que nos encontramos en la Mesa de Prostitución del 7 de Agosto. El Barón Rojo –un bar en toda la esquina de la 67 con 21- se quedaba corto para la reunión de mujeres, administradores, travestis, policías y funcionarios que esta tarde embutidos en una pesada atmósfera de ambientador barato, discutiríamos el trajinado tema de seguridad en la zona. Primero ella, luego yo, intervenimos en distintas ocasiones, pero bastó su primera participación, para que todos los presentes nos percatáramos que detrás de la voz alegre y su comentario descoordinado se hallaba una mujer poseída por el alcohol.

–Ay otra vez con eso la piojitos! –se escuchó desde atrás– Mona, a lo bien cálese!– le increpó exasperada una chica de al lado. En adelante una a una, fueron ahogadas sus eufóricas intervenciones por el abucheo de sus compañeras de oficio.

¿Cómo era posible que Alison, esa mujer de 31 años, que dos meses atrás había conocido en la oficina del bienestar social, estuviera de nuevo tocando fondo? Recordé su cuerpo pequeño de tez blanca, ojos chiquis de mirada rasgada, la ausencia visible de

un diente y su hablar elocuente. A simple vista con su morral terciado a la espalda, daba la impresión de estar en presencia de una adolescente abandonada, y en verdad no estaba del todo equivocado. Ese día supe parte de su historia, que también es la historia de muchas mujeres que no recuerdan cuándo empezó todo, cuándo se prostituyeron o si más bien fueron prostituidas. Pero ese día, Alison no estaba para tristezas ni dramas, fuimos dejando atrás como quien mira a través de la ventana de un bus intermunicipal, los episodios duros de la niñez, duros de la juventud, duros de la adultez, de los *parceros* con los que se acostó, de los chulos con los que se levantó, de su descenso al mundo de la calle, la prostitución y las drogas. Pero desde su resurgimiento en un hogar de paso del bienestar social ella quiere estar positiva. Soy una mujer echada pa'lante —me dice— al tiempo que asiente con la cabeza para reforzar su convencimiento, yo le creo mientras la inscribo a un curso de belleza que a los quince días, ella dejará botado...

Me cuenta que desde su llegada, hace dos años, a esta “zona de tolerancia” ni declarada ni permitida formalmente por la reglamentación urbana, en el 7 de Agosto, la han tratado bien, lo cual contrasta con su itinerancia por varios establecimientos de la zona. En su paso por el bar Donde Charly, su penúltimo establecimiento, al principio le fue bien, y a pesar de ser un sitio de contacto gay y travesti, Alison se hizo un lugar, tanto en el negocio, como en la casa. Fue allí donde se encariñó con el Niche, un morocho tímido, excombatiente de las autodefensas del Magdalena, al que Charly, su jefe, y parcerazo del alma rescató del conflicto armado desde hacía una década.

Pero la luna de miel duró poco. La nueva empleada de Charly —líder transformista del que hablaré más adelante— y “mujer” del Niche, no tardó en desencajar en el organigrama del bar gay. Al Niche le hostigaron sus celos y reclamos cada vez más frecuentes por su trato con otras chicas del lugar. A Charly, en cambio fastidió con su olor de tres días sin bañar, su “golpe de ala” y sus borracheras que ponían en peligro su clientela. Una noche, después de tres meses, el desencuentro llegó a su punto máximo: Alison se emborrachó, primero se agarró con el Niche, luego con el patrón, un costeño del Banco Magdalena de metro ochenta y pico de estatura y quien lejos de cualquier consideración hacia la menuda mujer, la sacó a empujones para siempre del bar. Tiempo después también sacó a los travestis y solo se quedó con el Niche. Alison se marchó borracha, con poco dinero en el bolsillo y una mulatita en el vientre...

Para Alison su regreso a la calle fue algo anecdótico y pasajero. A ella como a la mayoría de mujeres y travestis les va mejor trabajando en la calle que en los bares. La prostitución es un trabajo y sobre todo un negocio del que comen la señora de la chazita de dulces, el portero de las residencias, el ladronzuelo que vende cremas Lubriderm recién robadas, la prostituta, el jíbaro y el chulo, y por supuesto las *madams* y propietarios sin rostro, pero quienes a cada tiempo reciben una buena tajada del pastel.

En el establecimiento, bar, tienda, reservado, rockola o club —en la práctica la diferencia es nominal— las mujeres son un gancho para que los clientes hagan el gasto de algún licor, medias de aguardiente, botellas de ron, o por lo menos, en el peor de los casos que al menos se echen un par de polas, cada una por la módica suma de dos mil pesos. En la mayoría de tiendas y bares también el propietario dispone de una pieza o cuarto de mobiliario tan austero como la ermita de un monje y tan higiénico como un baño público. Estos cuartos no están diseñados para hacer visita, ni mucho menos hacer la siesta, tienen una función práctica y es la de resguardar la intimidad del acto sexual. Se alquilan por debajo de cuerda y de manera clandestina ya que técnicamente las tiendas, bares y demás establecimientos de la zona se clasifican como “lugares de contacto” y por reglamentaciones de higiene y salubridad no están autorizados para el alquiler de ha-



Tomada de: <http://www.sxc.hu>

Desde entonces, viajó a Bogotá, como mucho provinciano. Primero se desempeñó en oficios varios de poca monta, pero finalmente, y ya instalado en el centro, cambió para siempre el camuflado por las minifaldas y el fusil por el kit de maquillaje.

bitaciones, función para la cual están dispuestos moteles, reservados y residencias. Pero de nuevo, en esta zona de prostitución de más de 30 años, la costumbre hace la norma.

Alison, una veintena de mujeres y media docena de travestis, prefieren parquearse junto a las materas que están a la entrada de las residencias, viejos edificios cuyas fachadas en lugar de muros, son castillos de ventanales de vidrio polarizado, o bien optan por hacer patrullaje en busca de clientes a lo ancho de la carreras 20 y 21 y a largo de la calle 67.

-En la calle es más fácil: no tienes horario, no tienes que tomar, lo que ganas es solo para mí y únicamente pago el alquiler del cuarto –me cuenta Sonia, quien lleva 8 meses en el sector.

En plata blanca, para las mujeres la prostitución aquí ni es el mejor negocio, ni el 7 de Agosto el sitio más cotizado de la ciudad para ejercerla. Un polvo aquí se negocia en promedio entre 15 y 50 mil pesos –dependiendo del cliente-; solo la entrada al cuarto le resta entre 3 y 10 mil pesos –dependiendo si son los improvisados de la tienda, o los reservados de motel-. Una mañana, Alison desayuna muy alegre. –Es que me fue muy bien anoche, imagínese casi me saco cincuenta mil.

En estas calles bulliciosas del 7 de Agosto, la prostitución es para las mujeres una actividad cotidiana y cotidianos resultan los ingresos para vivir, y en casos como el de Alison, apenas para subsistir. Qué lejos están sus 50 mil pesos conseguidos en una jornada de 13 horas, del millón de pesos que Andrea, la prepago y columnista de *Soho*, dice cobrar por solo uno de sus acompañamientos. Un contraste que evidencia la brecha de inequidad de un mismo oficio con diversos estratos socioeconómicos.

Pero en este sector donde la prostitución, que según los planes de ordenamiento territorial no debería existir, las mujeres que no tienen ni la juventud, ni la belleza, ni las curvas, ni el glamour, ni el carro de Andrea, la ejercen todo el día, todos los días. La mayoría son mujeres que sobrepasan los treinta, cuarenta y más años; auténticas veteranas de otras batallas que a diario con una generosa capa de maquillaje le hacen el quite a eso que las esteticistas llaman eufemísticamente “líneas de expresión facial”. Las mujeres de esta zona, como en otras zonas de prostitución de Mártires y Santafé han aprendido a exorcizar el bestiario completo que atenta contra la vanidad femenina. Celulitis, flacidez, gordura, conejos, bananos y patas de gallina, ceden terreno frente a las cortas faldas, los ajustados leguis, las sensuales lycras y los vaporosos vestidos que descubren sin rastro de pudor los cuerpos rollizos de estas divas descendientes de la Magdalena. Aquí los complejos estéticos fueron remplazados por la necesidad que tiene cara de perro y la vergüenza hace rato se evaporó. Las mujeres saben de tiempo atrás que en este oficio “la que no muestra no vende” y en eso la competencia es feroz con los travestis, maestros de la transformación, la voluptuosidad y la exhibición.

En la carrera 21, si bien no abunda el dinero y el glamur de la zona Rosa de Bogotá, dentro o fuera de los establecimientos, hombres y mujeres todo el tiempo encuentran con quien hablar, tomarse un tinto donde Doña Betty, o una cerveza en la Tienda de Don Guillo –esposo de Doña Betty, y dueño de otro negocio en la zona que administra su hijo-. Las mujeres en su mayoría, madres cabezas de hogar, alternan su oficio milenario, con la charla entre comadres sobre las preocupaciones actuales y propias de toda madre: el problema escolar del hijo mayor, el embarazo prematuro de la sobrina, la llegada de un pariente de la zona cafetera, la cita médica pendiente y muchas preocupaciones más, entre las que se entretienen y aconsejan mientras transcurre la tarde... Tres meses después de frecuentar ocasionalmente esta zona, tomándome un tinto de cortesía en el restaurante-tienda-bar de Doña Betty, esta cuadra de la carrera 21 se me hizo semejante al vecindario del Chavo, todos se conocen con todos, se rotan la información y comparten el mismo espacio, por lo general casonas de más de cincuenta años, dos pisos y varias familias arrendatarias.

En la Casa de Charly, por ejemplo el primer piso, es el lugar público, comercial y visible, el sitio de la rumba, el trago y "los ratos". En el segundo, en cambio, es lugar privado, íntimo y familiar. Alguna tarde por invitación del anfitrión, subí los rústicos escalones de concreto hasta hallarlo en una amplísima pieza del segundo piso, recostado como toda

una *madame* en una enorme cama y rodeado de un gentío: su hermana, dos niches de 2 y 6 años, otro sobrino de unos 14 años, un bebé dejado al cuidado por una de las mujeres del sector y un invitado -más que ocasional, muy común en esta casa- todos entretenidos viendo los programas de la televisión por cable que dispusiera la voluntad de "La Madre Charly" desde su lecho.

Una semana antes, supe por boca de Charly, que su verdadero nombre es Nagid, un costeño corpulento de descendencia libanesa –como Shakira y Juan Gossain, pensé caprichosamente- que a sus 18 años en su paso por la Armada Nacional reafirmó su lado homosexual y su pulsación transformista. En total fueron cuatro los años que el soldado gay permaneció vinculado al cuerpo castrense que se ufana de contar entre sus filas solo a los hombres más machos. Al cabo del cuatrienio, y siendo soldado profesional, una pelea entre compañeros –sobre la que Álex no profundiza mucho- le significó su baja de la Armada.

Desde entonces, viajó a Bogotá, como mucho provinciano. Primero se desempeñó en oficios varios de poca monta, pero finalmente, y ya instalado en el centro, cambió para siempre el camuflado por las minifaldas y el fusil por el kit de maquillaje. Sin embargo, me cuenta que su inicio en la prostitución fue como chico gay y no como transformista, una especie de hobby que siempre ha preferido reservar para shows nocturnos, fiestas y desfiles. Ibiza Club, Calle San Francisco en la 19 con Séptima, la afamada Tasca de Santa María en el callejón de sexta entre carreras 21 y 22, Champaña, Boy's club, dandy's y gyros fueron emblemáticos sitios bogotanos de contacto gay de los años noventa en los que Charly hizo su carrera de prostitución. Por la misma época, pero en las horas más oscuras, Charly como el mítico Bruno Díaz, daba paso a Leila Novachet –la diva de una película de la época-, la barbi de Chapinero, la maniquí de cintura así de chiquitica –orgulloso junta las manos para mostrarme el estrecho contorno.

De eso a la fecha, van veinte años, Leila retornó a su baticueva para la resurrección de Charly, "el hombre transformista" como se define. -Un medio chico con el beneficio de la duda, -alardea con malicia de gay y picardía de costeño- que puede ser hombre o mujer según la ocasión. Y en realidad ahora vestido con pantalón negro de cuero, abrigo tabaco imitación de pieles felinas, pañoleta en la cabeza, candongas en los oídos y un par de anillos y un montón de collares entre los que sobresale un poderoso crucifijo, a primera vista no resulta fácil descifrar su verdadera identidad. Por el contrario, su pinta entra en sincronía con su condición transformista y transgenerista, más allá de lo masculino y lo femenino.

El bar Donde Charly, en las tardes casi siempre está desocupado. El Niche –ex-compañero de Alison- ahora como administrador no tiene mucho que hacer. Pero no siempre fue así. Tres meses atrás este bar tenía la particularidad de ser el único sitio de contacto de gays y travestis del sector, gran ventaja en una zona de comercio sexual, donde la diversidad es apreciada tanto por curiosos primíparos como por clientes de vieja data con ganas de probar algo diferente.

En este bar Andrea, Katia y Cintia, y otra media docena de chicas trans –como prefieren llamarse- durante un buen tiempo hicieron sus contactos y cuadraron sus polvos. Pero "La Madre Charly", como la llaman las trans más jóvenes en señal de sumisión y respeto se aburrió de que "las maricas" –según la matrona- no acataran el código interno que prohíbe robar a los clientes. Otros comentan que la ruptura entre el líder y las trans se debió a cuestiones de plata. Como sea, Charly es dueño de su trono y en su reino solo permite el ingreso de quien considere digno de sus aposentos, que por lo pronto son unas pocas amigas de su confianza. Entre tanto las demás chicas, se apostan coquetas a la

entrada de las residencias. Su número va en aumento para beneficio de los jíbaros que les cobran un permiso por trabajar en la calle y para disgusto de la policía que a menudo las hostiga con especial ferocidad. Una mala suerte a la que Charly no le para tantas bolas porque advierte es la consecuencia del desacato a la norma que no les permite trabajar en calle.

Un miércoles, a finales de la tarde encuentro a "La Madre" atareada doblando poco más de una docena de cobijas y sábanas de las seis piezas de alquiler con las que cuenta su casa. Se le ve cansado por tanto oficio; sin embargo, me comenta sobre su nuevo proyecto para brindar alojamiento temporal y me hace un informe de las gestiones adelantadas para que los niños del sector tengan este año una celebración del día de las brujas por todo lo alto. Aquí en el 7 de Agosto, a sus 42 años, más que líder de la comunidad LGBTI, quiere ser líder de toda la comunidad de este sector, a quienes a considera su familia adoptiva. En su casa se le ve cómodo y parece tener todo lo necesario para sentirse feliz.

A la salida de su casa-bar, otra vez al frente como la contra cara de la misma moneda, veo a Alison a la entrada del Bar la 21. Esta ligeramente alicorada, a penas lo justo para mantener una conversación razonable. Su propósito es el mismo desde que terminó con el Niche: internarse en un centro de rehabilitación porque el perico, pero especialmente el alcohol, le están ganando la guerra. Me cuenta de su visita al médico la semana pasada y de la mulatita que se marchó de su vientre sin que el padre se diera por enterado. Como la primera vez que hablamos en la Oficina de la Subdirección Local, promete buscar ayuda en una fundación y recuperarse por su hijo Kike, de 8 años. Otra vez, yo le creo. Entre contenta y resignada, Alison regresa a la tienda de la esquina, falta un cuarto para las ocho, la noche es larga y el trabajo apenas comienza. ■



Tomada de: <http://www.sxc.hu>

**De eso a la fecha,
van veinte años,
Leila retornó a su
baticueva para la
resurrección de
Charly, "el hombre
transformista"
como se define.**